EL TRAUMA ADOLESCENTE EN LA REGENTA DE LEOPOLDO ALAS "CLARIN"

Teenage Trauma in the novel La Regenta by Leopoldo Alas "Clarín"

Nydia Jeffers
University of Nebraska at Lincoln
nydiarvargas@gmail.com
(https://orcid.org/0000-0002-8006-7058).

Resumen: La novela *La Regenta* (1884-5) del escritor español Leopoldo Alas "Clarín" describe la infancia y la adolescencia de Ana Ozores como etapas vitales profundamente marcadas por la soledad y el maltrato. La carencia afectiva impacta la salud mental de la protagonista de manera temprana. El objetivo de esta investigación es relacionar las experiencias adversas sufridas por Ana Ozores con la aparición del trastorno mental; describir e ilustrar los cinco tipos de síntomas de un trastorno de estrés postraumático con ataques de pánico en Ana Ozores; y leer la obra *La Regenta* como una defensa del compromiso social con las necesidades emocionales de la infancia y la adolescencia.

Palabras clave: Novela española*;* Trastorno de estrés postraumático; Maltrato infantil y adolescente.

Abstract: The novel *La Regenta* (1884-5) by the Spanish writer Leopoldo Alas "Clarín" describes Ana Ozores' childhood and adolescence as vital stages profoundly marked by loneliness and abuse. Her emotional deprivation impacts the mental health of the protagonist from an early age. This essay meets three goals: (1) to relate her adverse experiences with the apparition of a mental disorder; (2) to describe and illustrate the five types of symptoms of a posttraumatic stress disorder with panic attacks in Ana Ozores; and (3) to read the novel *La Regenta* as a defense of the social commitment with the emotional needs of childhood and adolescence.

Keywords: Spanish novel; posttraumatic stress disorder; Child and Teenage Abuse

INTRODUCCIÓN

No hay duda de que Ana Ozores representa el personaje más acosado por los vetustenses. El sometimiento de Ana a la abstinencia sexual no es compartido por los vetustenses, pero todos esperan que Ana sea santa por el hecho de mantenerse virgen. Resentida por no haber sido elegida en matrimonio por Carlos Ozores, su aya desprecia a la madre difunta de Ana, y difunde el bulo a la familia de que ha perdido la virginidad a los diez años. Esta acusación será el preludio del acoso que recibirá Ana Ozores, cuando todavía virgen y casada, la seduzca el donjuán del pueblo. Casarla con alguien que no le puede dar ni hijos ni pasión ha sido un factor determinante de su condición de víctima. La privación sexual es sugerida por los médicos de Ana, los neurólogos franceses de finales del siglo XIX y los estudios en torno a la histeria femenina.

Sin embargo, el sufrimiento primordial de Ana se debe primeramente a la carencia afectiva de su padre, que abandona a su hija y el aya que el padre contrata no le da cariño: "Su pena de niña, la injusticia de acostarla sin sueño, sin cuentos, sin caricias, sin luz, la sublevaba todavía y le inspiraba una dulcísima lástima de sí misma" (Alas, *La Regenta* 76). El padre, que relega los cuidados a un aya, no sabe que el aya la maltrata física y verbalmente:

> "¡Qué escándalo! doña Camila cogió a Anita por la garganta y por poco la ahoga" (Alas, *La Regenta* 82);
>
> "Después dijo un refrán desvergonzado en que se insultaba a su madre y a ella, según comprendió mucho más tarde, porque entonces no entendía aquellas palabras" (Alas, *La Regenta* 82).

Por tanto, a diferencia de la mayoría de los estudios sobre Ana Ozores centrados en sus relaciones de adulta, este trabajo se enfoca en sus primeros victimarios, el aya, el amante del aya y las tías, todos olvidados por la crítica, y que sin embargo, infringen el derecho de una niña y luego una adolescente a unas condiciones de vida que le den seguridad afectiva. En su lugar, Ana es abandonada por el padre y maltratada por sus cuidadores. Surge la necesidad entonces de estudiar las consecuencias traumatizantes del maltrato recibido por Ana en su infancia y adolescencia para comprender que Ana, más adelante, no pueda tomar decisiones que la mantengan al margen de la manipulación de otros maltratadores psicológicos, en su edad adulta.

REVISIÓN BIBLIOGRÁFICA

La adaptación más reciente de la novela *La Regenta* de Leopoldo Alas "Clarín", ha sido en la ópera. La reseña "La víctima absoluta" de José María Marco describe a Ana Ozores como esposa ignorada por un esposo. En concreto, Ana es víctima de la impotencia del esposo, como afirma Antonio Vilanova.

Vladimir Karanović expone el atosigamiento de la mirada masculina sobre Ana. Sin embargo, también hay mujeres que ejercen la represión: el aya, que la acusa a sus diez años de iniciarse en el sexo con un niño en una barca, y las tías de Ana, que esperan que se mantenga fiel a su esposo aun casándola con un hombre que no la ama.

Mercedes Ten Doménech ahonda en el derecho de la mujer de ser igual al hombre. Cuando, de niños, Ana y Germán pasan la noche dormidos en una barca, sólo Ana es castigada, aunque ambos son sólo amigos. Ya casada, el adulterio de la joven Ana Ozores con Álvaro Mesía sólo es penalizado en la mujer. En la misma línea, Diana Nastasescu y Alfonso Livianos exponen la vigilancia masculina sobre ella para apropiarse de las decisiones de su vida.

Mientras Sally Faulkner apunta las miradas condenatorias que se dirigen contra Ana en las dos adaptaciones cinematográficas de la novela, Ricardo Labra presenta las miradas acusatorias de la

universidad, la iglesia y el ayuntamiento sobre el autor, en su traumática relación con la ciudad de Vetusta.

FACTORES DE RIESGO DEL TRASTORNO MENTAL

Como afirma Jennifer Smith, a Ana Ozores se le impide hacerse monja y se la obliga a casarse a los diecinueve años, pero hay otros agravios que han sido escasamente advertidos por la crítica si se habla de Ana Ozores como víctima. La orfandad, la negligencia afectiva, y el abuso infantil traumatizan a Ana Ozores desde el principio de su vida. De hecho, Mercedes Vidal destaca la soledad de Ana Ozores, ya en su infancia y adolescencia. La carencia afectiva se debe al abandono del padre, el maltrato ejercido por sus cuidadores, la orfandad de madre al nacer, y la muerte del padre a sus quince años. La falta de amor familiar causa los sentimientos de desolación y vacío, y éstos a su vez, crean un falso dilema entre el cuerpo y el espíritu dentro del "proceso psicológico […] entre lo clerical y lo laico", introducido por Benito Pérez Galdós en el prólogo a la novela (16). El triángulo amoroso entre su esposo, su confesor y su amante es tan perjudicial para su estado mental, como el triángulo entre su padre, Carlos Ozores, que la abandona; su aya, Camila que la maltrata; y el amante del aya, Iriarte, que la acosa. El padre es responsable por ejemplo de dilapidar su fortuna causando el matrimonio forzado de Ana.

> –"Ya estaba cansado; bastante había combatido en la vida», según él, y no se le ocurrió buscar trabajo; no quería trabajar más. Prefirió retirarse a su quinta de Loreto, accediendo a las súplicas de Anita que se lo pedía con las manos en cruz. La pobre muchacha se aburría mucho en Madrid" (Alas, *La Regenta* 115).

La dependencia económica de la mujer a finales del siglo XIX es otro problema: "Quería emanciparse; pero ¿cómo? Ella no podía ganarse la vida trabajando; antes la hubieran asesinado las Ozores; no había manera decorosa de salir de allí a no ser el matrimonio o el convento" (Alas, *La Regenta* 148-9).

A esta injusticia se añaden la negligencia educativa y la soledad impuesta por el padre sobre la niña, ya que él no matricula a su hija en la escuela y la tutora que contrata, no la educa bien y la maltrata. El aya "no tenía encantos morales" (Alas, *La Regenta* 100), y "educó a la niña sin esperanzas de salvarla; como si cultivara una flor podrida ya por la mordedura de un gusano. (Ala, *La Regenta* 106-7). Además, las tías reprimirán su vocación literaria.

ESTRÉS POSTRAUMÁTICO Y ATAQUES DE PÁNICO

Siguiendo a los neurólogos franceses de finales del siglo XIX cuando "todo era *cuestión de nervios*" (Alas, *La Regenta* 359), Julia Chang utiliza el término "histeria" para explicar las reacciones fisiológicas que experimenta Ana en su juventud: convulsiones, respiración entrecortada, pulso acelerado, gritos, sollozos y desmayos. Estos síntomas se revisarán aquí como ataques de pánico porque manifiestan el recordatorio traumático de la pérdida maternal, siguiendo la denominación de la histeria como trauma de Eduardo Cazabat.

Además, se explicará la aparición de los trastornos de estrés agudo, tras la pérdida de su amor platónico a los diez años; y de estrés postraumático, a los quince años, como efecto del abandono del padre. En particular, el trastorno de Ana Ozores: (1) comienza con reacciones fisiológicas de náuseas, mareo, insomnio, (2) se desarrolla con recuerdos involuntarios de la pérdida de su madre y amigo Germán, a través de alucinaciones auditivas sobre la presencia intrusiva de San Agustín y la Virgen María; (3) continúa con sentimientos de pánico y de culpa; (4) se agudiza con las alteraciones cognitivas disociativas, que bloquean el reconocimiento de sus acosadores, y de sí misma; y (5) culmina con la evitación deliberada de recordatorios de su soledad.

SÍNTOMAS FISIOLÓGICOS

Primero, hay varias reacciones por estrés postraumático que surgen en su infancia y adolescencia por el maltrato, la soledad y la pobreza. El insomnio comienza a los cuatro años, ya que el aya Camila la obligaba a acostarse demasiado temprano sin cuentos ni caricias. El ataque de pánico aparece a los quince años, tras el trauma del bulo de su deshonra a los diez años y el acoso sexual de Iriarte, el amante del aya. Los síntomas incluyen llanto y sensación de ahogo. El llanto se acompaña de llamadas a gritos y de locuacidad verbal o poética, emulando la necesidad de afecto parental.

Desde los cuatro hasta los doce años, Ana Ozores se describe como una niña sufridora pero fuerte. Sin embargo, a partir de su pubertad, el narrador cuenta la pérdida de su salud mental con síntomas fisiológicos. Por ejemplo, a los quince años, sufre de escalofríos, pánico, vista borrosa y llanto:

> Ana gritó, sintió un temblor por toda la piel de su cuerpo y en la raíz de los cabellos como un soplo que los erizó y los dejó erizados muchos segundos. Tuvo miedo de lo sobrenatural; creyó que iba a aparecérsele algo... Pero aquel pánico pasó, y la pobre niña sin madre sintió dulce corriente que le suavizaba el pecho al subir a las fuentes de los ojos. Las lágrimas agolpándose en ellos le quitaban la vista. Y lloró sobre las *Confesiones de San Agustín*, como sobre el seno de una madre. Su alma se hacía mujer en aquel momento (Alas, *La Regenta* 117-8).

En el mismo episodio, Ana siente nerviosismo, confusión y jaqueca:

> Notaba Anita, excitada, nerviosa -y sentía un dolor extraño en la cabeza al notarlo- una misteriosa analogía entre los versos de San Juan y aquella fragancia del tomillo que ella pisaba al subir por el monte. Verdad era que de algún tiempo a aquella parte su pensamiento, sin que ella quisiese, buscaba y encontraba secretas relaciones entre las cosas, y por todas sentía un cariño melancólico que acababa por ser una jaqueca aguda (Alas, *La Regenta* 121).

El narrador del principio de la novela presenta a Ana a los veintisiete años con ataques nerviosos descritos: dolor de cabeza, escalofríos y tal pesadez en las manos que se siente disociada de ellas:

> Era el ataque, aunque no estaba segura de que viniese con todo el aparato nervioso de costumbre; pero los síntomas los de siempre; no veía, le estallaban chispas de brasero en los párpados y en el cerebro, se le enfriaban las manos, y de pesadas no le parecían suyas… (Alas, *La Regenta* 86).

Al final de la novela, Ana revive el día en que su aya por poco la ahoga. El confesor se dirige a ella para agredirla, pero ella, que había ido a confesarse, se desmaya. El beso que quería darle el amante del aya en su infancia es repugnantemente recibido cuando está inconsciente. Por tanto, el mecanismo de defensa que se desencadena fisiológicamente ante el recuerdo del maltrato es el ataque de pánico, es decir, pulso acelerado, pesadez de manos, vista nublada, sensación de ahogo y finalmente, el desmayo. Estos síntomas se activan al revivir y procesar la indefensión ante los castigos corporales del aya Camila y el amante del aya, Iriarte. Además, sufre de visiones.

SÍNTOMAS INTRUSIVOS

Los síntomas intrusivos de los trastornos por estrés tienen lugar en forma de alteraciones visuales. Como efecto de la necesidad maternal, Ana sufre una ilusión visual afirmando de niña que ha visto a la Virgen lavando pañales, en lugar de decir que ha visto a una mujer lavando pañales. Al creer en la difamación de su madre, Ana escribe un poema representando a su madre como una paloma

manchada de negro en la cabeza. Después de sufrir el maltrato verbal y psicológico de sus tías, las imagina como brujas de tres o cuatro cabezas.

A los cuatro años, la niña suplía la ausencia de la caricia de la madre con el contacto de un perro lanudo y compensaba los arrullos de la madre que no tenía con las nanas que oía en el pueblo, las cuales Ana imaginaba estaban destinados a ella. El recurso a contarse cuentos también ayudaba como defensa ante la carencia afectiva de una madre. Esta "nostalgia" es expresada mediante la ausencia del contacto "blando y caliente" del regazo de su madre. A pesar de ello, Ana recuerda su capacidad de resiliencia cuando explica que, de niña, intentaba compensar esta soledad de madre imaginando ser la destinataria de las nanas y canciones que oía de otras madres en el pueblo y convirtiéndose en cuentacuentos. El texto lo dice claramente:

> Como nadie la consolaba al dormirse llorando, acababa por buscar consuelo en sí misma, contándose cuentos llenos de luz y de caricias. Era el caso que ella tenía una mamá que le daba todo lo que quería, que la apretaba contra su pecho y que la dormía cantando cerca de su oído (Alas, *La Regenta* 80).

No obstante, con el tiempo, Ana Ozores va perdiendo su capacidad de resiliencia debido a los castigos y comienza a experimentar alucinaciones, es decir, alteraciones sensoriales por las que está convencida de estar contemplando o escuchando figuras sobrenaturales. Ana sufre dos alucinaciones, una con la Virgen María y otra con San Agustín, que manifiestan, respectivamente, el mecanismo de defensa de la sublimación o sustitución de los padres naturales mediante padres sobrenaturales. En el primer caso, el consumo de alcohol antes de su decisión de subir a una montaña para escribirle poemas a la Virgen María descualifica la aparición mariana. En el segundo caso, la fe de Ana en San Agustín, como padre espiritual, le hace creer que oye a San Agustín, pero el santo no está con ella, por mucho que Ana necesite la figura del padre.

De acuerdo con la Asociación Estadounidense de Psiquiatría, una visión es patológica cuando no responde a estímulos externos y el texto aclara que quien pasa por la vista de la niña es un pájaro, a pesar del convencimiento interior de que se encuentra en presencia de la Virgen. El imaginado milagro se trastoca por el paso de un pájaro oscuro, en referencia a su madre biológica, ya que Ana piensa que "todas las palomas con manchas negras en la cabeza podían ser una madre, según la lógica poética de Anita" (Alas, *La Regenta* 105-6). La aparición de la Virgen se describe como un evento aterrador:

> Se puso en pie, quiso hablar, gritó; al fin su voz resonó en la cañada; calló el supuesto ruiseñor, y los versos de Ana, recitados como una oración entre lágrimas, salieron al viento repetidos por las resonancias del monte. Llamaba con palabras de fuego a su Madre Celestial. Su propia voz la entusiasmó, sintió escalofríos, y ya no pudo hablar: se doblaron sus rodillas, apoyó la frente en la tierra. Un espanto místico la dominó un momento. No osaba levantar los ojos. Temía estar rodeada de lo sobrenatural. Una luz más fuerte que la del sol atravesaba sus párpados cerrados. Sintió ruido cerca, gritó, alzó la cabeza despavorida... no tenía duda, una zarza de la loma de enfrente se movía... y con los ojos abiertos al milagro, vio un pájaro obscuro salir volando de un matorral y pasar sobre su frente (Alas, *La Regenta* 124).

Esta alucinación se puede explicar de manera irracional o inconsciente como mecanismo de acceso a la figura maternal inexistente.

Creerse testigo de milagros marianos era un motivo literario en las novelas españolas de finales del siglo XIX y se documenta en otras obras del autor. Por ejemplo, el narrador del cuento "Cambio de luz" (*El Señor y otros cuentos*, 1893) de Leopoldo Alas describe el "arranque místico" de don Jorge Arial como un "fenómeno histérico" (9). Asimismo, otros personajes literarios similares son de Benito Pérez Galdós e incluyen la mujer, Mauricia, que cree ver a la Virgen, en la novela de *Fortunata y Jacinta*, o el niño, Luis Cadalso, que cree oír a Dios, en la novela *Miau*, y que sufre de maltrato, en el estudio de Nydia Jeffers.

El primer mecanismo de defensa que Ana intenta dominar ante la orfandad de madre es la afiliación con la Virgen María, pero al carecer en paralelo de una relación familiar de confianza, Ana cae en un desequilibrio defensivo con proyecciones delirantes. Ana se enfrenta a la orfandad maternal buscando el amparo en la figura religiosa, y en concreto, cree sentir la presencia mariana en dos ocasiones. De niña, cuando es maltratada por el aya, sufre una ilusión visual y confunde a una lavandera con la Virgen María: "Ana volvió del campo diciendo que la Virgen, según le constaba a ella, lavaba en el río los pañales de Jesús" (Alas, *La Regenta* 111). De adolescente, Ana compensa la falta de una madre cariñosa pensando que tiene poderes especiales para invocar a la Virgen María. Ana autoafirma sus necesidades afectivas y expresa directamente sus sentimientos por la madre ausente escribiendo un libro de poemas. La afiliación también motiva a Ana para satisfacer sus necesidades económicas. Ana busca ayuda en un confesor que le recomienda que se case en un acto altruista. Ana no siente un amor compasivo por Víctor. Ana no ama a Víctor, pero sí lo necesita.

En cuanto a la representación que Ana se hace de la madre que no conoció, la niña escucha nanas sobre pájaros encadenados y dibuja a su madre como una paloma atrapada por la cabeza negra. La imagen del pájaro cazado es otra forma en que se comunica al lector el castigo injusto que sufrirá Ana engañada por tres hombres. Los pájaros negros apresados simbolizan el mal agüero que anuncian al lector su condición de víctima del engaño en el futuro. La actitud de burla del narrador desmitifica la vida de los santos como modelo espiritual para Ana Ozores.

En su juventud, en una ilusión visual, que es un síntoma disociativo de despersonalización, ve su cuerpo como si no le perteneciera, en otro lugar, o fuera de sí mismo, en forma de fantasma en el espejo, como efecto de la dudosa humanidad con la que es tratada, ya la idealicen por su belleza, o la humillen por su origen. Los síntomas fisiológicos se acompañan de cambios emocionales.

SÍNTOMAS EMOCIONALES

Ana se escapa de sus maltratadores cuando se va al prado y al monte, y busca establecer vínculos con sus padres ausentes a través de la religión y la naturaleza. La pena sobre la madre fallecida se espiritualiza en dos alucinaciones marianas y se plasma en contacto con la naturaleza. Por un lado, Ana sublima la falta de su madre biológica creyendo firmemente que la Virgen María, Madre de los Afligidos, está con ella en el monte mientras le escribe una poesía entre sollozos. El delirio de Ana consiste en estar convencida de la presencia de la Virgen, aunque cuando abre los ojos, hay un pájaro negro en lugar de la figura sagrada. Por otro lado, el abrazo imaginario de la madre se materializa en las salidas al campo cuando busca el contacto físico de la yerba suave en la mejilla, o el pelaje cálido de un perro terranova sobre la cabeza. La falta de una madre lleva a Ana a acercarse a la naturaleza y a iniciarse en la devoción por los santos.

La nostalgia sobre el padre militar emigrado no sólo se personifica consintiendo el matrimonio con la figura paternal de un regente jubilado, sino que también se engrandece soñando despierta en su esposo como un militar venerable, en lugar de un mero aficionado a cazar pájaros. La falta de un padre motiva a Ana a casarse con un hombre que no le corresponde en edad. Sin embargo, el inicio de esta visión protectora del hombre militar comenzó a los diez años. Una noche que había quedado con su amigo Germán inventó el juego de ir a buscar en barca al caballero de la Cruzada que le habían dicho que era su padre. De este modo lúdico e imaginativo, Ana es capaz de sobrellevar emocionalmente el desamparo de los padres.

Camila e Iriarte son una pareja que perturban la maduración emocional de Ana. En su relato para Germán, Ana sabe que Camila tiene un amante que abusa de ella. La exposición a un ambiente violento causa estrés a Ana, y Ana huye de la casa: "Vivía con una señora que se llamaba aya y doña Camila. No la quería. Aquella señora aya tenía criados y criadas y un señor que venía de noche y le daba besos a doña Camila, que le pegaba y decía: 'Delante de ella no, que es muy maliciosa'" (Alas, *La Regenta* 107).

Otro motivo por el que Ana quiere escapar de la casa es el acoso sexual al que Iriarte somete a la niña. "Desde aquel día el hombre la miraba con llamaradas en los ojos, y sonreía, y en cuanto salía de la habitación el aya le pedía besos a ella, pero nunca quiso dárselos" (Alas, *La Regenta* 83). Se puede observar el deseo pederasta del "hombre", como se refiere la niña a Iriarte, en su conversación en el casino: "Lo que es desarrollada lo está y mucho para su edad…-decía el hombre de doña Camila, que saboreaba por adelantado la lujuria de lo porvenir" (Alas, *La Regenta* 107). El machismo absurdo de Camila aplica la doble moral de incriminar a la niña y exculpar al depredador:

> Pero de cuantos podrían recordarle aquella *vergüenza*, sólo veía ella al señor Iriarte, el hombre del aya, que visitaba a don Carlos y miraba a la niña con ojos de cosechero que se prepara a recoger los frutos (Alas, *La Regenta* 115). […] A las nuevas haciendas de don Carlos se fueron Anita, el aya, los criados y tras ellos el *hombre*, como llamó siempre la niña al personaje que turbaba no pocas veces el sueño de su inocencia. Era Iriarte, el amante de doña Camila y antiguo dueño de la casa de campo (Alas, *La Regenta* 115).

Además, "los chicos de la calle la miraban como el hombre que besaba a doña Camila; la cogían por un brazo y querían llevársela no sabía a dónde. No volvió a salir sin el aya. A Germán no había vuelto a verle" (Alas, *La Regenta* 84). La respuesta emocional de Ana es contradictoria: "Cuando estaba sola lloraba de pena; pero delante del aya, de los criados y del hombre, lloraba de rabia" (Alas, *La Regenta* 80). El maltrato físico viene también de Iriarte: "El hombre que besaba al ya cogió a Anita por un brazo y se lo apretó hasta arrancarle sangre. Pero ella no lloró" (Alas, *La Regenta* 107).

Camila propaga rumores sobre la noche pasada por la niña de diez años con Germán, de doce años. Amenaza a Ana diciendo a su padre que el honor de la familia Ozores estaba en peligro. Humilla a Ana con insultos dirigidos a ella y a su madre. Ana aprende a sentirse culpable: "Desde entonces la trataron como a un animal precoz. Sin enterarse bien de lo que oía, había entendido que achacaban a culpas de su madre los pecados que la atribuían a ella..." (Alas, *La Regenta* 82).

Camila hace confesar a la niña en la iglesia y luego, en casa, después de llamar al cura, asumiendo Camila que la niña es precoz sexualmente. Cuando el cura responde que la niña oculta sus pecadillos, Camila amenaza a la niña con delatarla al padre. También menciona llevarla a un colegio, llamado *Las Recoletas*, anunciado como otra intervención para corregir sus pecados. Por otro lado, ni Camila ni Iriarte interrogan a Germán sobre su supuesto comportamiento sexual.

El maltrato deshumaniza a Ana, que se siente en el ojo público, juzgada de manera ubicua. El recurso narrativo para expresar este acoso persecutorio luego cuando ya está casada es la personificación de la luna, cuyo ojo la observa inquisitorialmente. Además, gatos y sapos la miran peyorativamente y se expresa en la víctima en forma de asco. El desmayo de Ana tras el asalto final del confesor se asimila a la siesta con que comienza la novela, es decir, un estado mental inconsciente en que se sume la víctima al toparse con la nauseabunda realidad. La visión de su futuro empeora por ello.

SÍNTOMAS COGNITIVOS

La distorsión de imágenes de Ana frente a la pérdida de su honra es la devaluación del amor pasional, por un lado, y la idealización del amor reverencial, por otro lado. Ana admite el matrimonio con Víctor porque no lo ama como hombre y porque ella cree que es amada por su alma, y no su cuerpo, según le dice Frígilis. Ana rechaza las cartas de amor y los avances de otros pretendientes porque había sido acosada sexualmente de niña por un hombre y los chicos del pueblo. Ana también desprecia los elogios a su belleza. Varios nobles, un indiano y dos jóvenes la pretenden. Además, Ana rehúye de su admiración estética porque había sido doloroso para ella que su padre la hiciera sentir como un objeto de arte, carente de necesidades afectivas.

Un mecanismo de defensa de Ana para recuperar su dignidad consiste en la polarización. Atribuye cualidades exageradamente negativas a los vetustenses y, para diferenciarse de ellos, atribuye cualidades exageradamente positivas a su confesor. Decide identificarse con el pueblo idealizado de Loreto porque en este lugar creó o conoció literariamente a sus héroes y heroínas infantiles: su madre, Germán, San Agustín, Chateaubriand y Teresa de Jesús. Ana aprecia a sus aliados de su imaginación frente a la soledad.

Sin embargo, incluso en su fantasía, se halla el sentimiento de culpa en forma de religión perseguida: su madre es una reina mora mientras cuyo amigo Germán es un caballero cruzado. La visión trágica del amor que Ana lee en los libros del romántico Chateaubriand y del santo, *Confesiones de San Agustín,* transmiten poca esperanza para encontrar el amor, lo que daña su autoestima personal al no creerse merecedora de este amor.

Las alteraciones cognitivas de los trastornos por estrés incluyen el aturdimiento, la dificultad para concentrarse en los estudios y las alteraciones del sueño por las que la ansiedad le impiden conciliar el sueño. Hay insomnio y pesadillas recurrentes. Prevalecen emociones negativas, como el estupor, el miedo, la ira, la culpa, la vergüenza y la tristeza, sobre la capacidad de afecto. Por ejemplo, la primera vez que Ana oye decir a su padre que es ateo, Ana evita las tertulias de su padre.

Como consecuencia del sentimiento de culpa que le transmite el aya a Ana por relacionarse con Germán, Ana decide aislarse socialmente y evita todo tipo de contacto amistoso. Deja de salir al teatro con las vecinas de Madrid, que la llaman "comino orgulloso", y "mona sabia" (Alas, *La Regenta* 115) al no querer pretender pertenecer a la clase media siendo pobre.

El efecto traumático del aya sobre la niña se expresa con imaginería botánica para contrastar la niña expansiva y alegre que puede crecer libre frente a la niña triste trasplantada al "invernadero pedagógico" de doña Camila. Lo sano habría sido que la niña hubiera podido compensar la ausencia del apoyo familiar con unos amigos, pero la preocupación por el juicio del aya es más fuerte.

El cambio cognitivo más perjudicial debido al bulo del aya sobre su inocencia y la pérdida de su primer amor platónico es el rechazo deliberado y sistemático de la esperanza de encontrar una amistad o un amor. Quería hacerse monja, pero no cree poder hacer amigas en el convento. La visión negativa del mundo y de sí misma también afecta su visión del matrimonio, que como romántica, debería ser por amor, y se reduce a un acuerdo económico.

Respecto a su madre, los sentimientos positivos de afecto maternal quedan al margen, hasta ser sublimados por los de la devoción a la Virgen. Por ejemplo, sufre una ilusión óptica al afirmar rotundamente que ha visto a la Virgen María lavando pañales. Como adolescente, sufrirá una alucinación en compañía de la Virgen. El resultado de su desamparo maternal en la infancia es el desarrollo excesivo de su imaginación. En relación a su padre ateo, y durante la lectura de las *Confesiones de San Agustín*, Ana sufre una alucinación sobre San Agustín, el santo en quien sublima la carencia de padre. Así, Ana evita su trauma.

SÍNTOMAS DE EVITACIÓN

Un síntoma postraumático ante la amenaza del trauma es la negativa a revivir las situaciones, lugares y personas que le recuerdan a Ana el bulo sobre Germán y ella. El mecanismo de defensa de Ana ante el maltrato verbal y psicológico del aya es la supresión, y de esta manera, Ana evita pensar en el sentimiento de culpa traumático de la pérdida de su honra que le inculcó Camila. El padre cree a Camila cuando ésta le dice que su hija puede perder la virginidad en el pueblo, pero Ana prefiere no hablar con su padre sobre la noche en la barca.

Para evitar la imagen de los encierros del aya, Ana se vincula con los espacios abiertos de Loreto. Las escapadas a los prados y la ría simbolizan para ella la liberación del aya. Ana disfruta comiendo con los pastores, poniendo la mejilla en la yerba fresca y acurrucándose en el pelaje lanudo del perro de los pastores. Por tanto, Ana elude las actividades sociales y culturales en Madrid y en Vetusta. Ana

huye de las actividades culturales de la ciudad. Ana no disfruta las visitas a los museos, palacios y teatros con su padre, ni las tertulias con las vecinas de su edad Finalmente, Ana quiere evadir el piso de la ciudad, un sótano oscuro y húmedo que le recuerda el castigo injusto del encierro. Por eso, le ruega a su padre que se vayan a vivir a la casa luminosa del pueblo, junto al mar.

CONCLUSIÓN

Ana es heredera del mismo acoso social que sintieron sus padres y lo revive en la negligencia y maltrato recibido. Hay cinco tipos de síntomas del trastorno por estrés postraumático, por los que Ana recuerda la pérdida indigna de su familia y del amigo de la infancia. Ana Ozores sufre: (1) la activación de reacciones fisiológicas de pánico al revivir las situaciones de desamparo de su vida; (2) la intrusión de recuerdos involuntarios sobre sus maltratadores; (3) las alteraciones de pánico, furia, privación afectiva y desapego parental; (4) la alteración cognitiva de la visión negativa sobre el valor de la vida; y (5) la evitación deliberada de señales que le recuerdan el episodio de la barca. Las situaciones de riesgo para la aparición de estos síntomas incluyen: la carencia afectiva de su padre; el acoso de su aya, que la castiga con ayunos y encierros; la visión sexualizada de los habitantes de Vetusta cuando todavía era niña; y el matrimonio forzado con un hombre a quien no ama. Por consiguiente, el narrador que ahonda en las necesidades afectivas de Ana Ozores se compromete con la necesidad de la familia de proteger la salud mental de la infancia y la adolescencia. Por último, el malestar psicológico causado por sus cuidadores perjudica a Ana durante el resto de su vida, cuando no sólo le imponen como únicas opciones o el matrimonio arreglado o el convento, sino que también le niegan tanto la educación formal como el acceso al trabajo para poder emanciparse.

BIBLIOGRAFÍA

Alas, Leopoldo. *La Regenta*, ed. Juan Oleza. 1884-5. Madrid: Cátedra, 1994.

-----. *El señor y otros cuentos.* Madrid: Argüelles, 1893.

Asociación Americana de Psiquiatría. *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales.* Porto Alegre: Artmed, 2014.

Cazabat, Eduardo H. "Evolucion histórica del concepto de disociación", *Revista de psicotrauma* 3.1 (2004): 42-7.

Chang, Julia H. "Chapter Two. From Blood to Flesh: Avowing Material Pleasure in La Regenta". *Blood Novels: Gender, Caste, and Race in Spanish Realism*. Toronto: University of Toronto Press (2022): 64- 91. https://doi.org/10.3138/9781487543037-005

Faulkner, Sally. "Revisitando la novela decimonónica. Las adaptaciones de 'Fortunata y Jacinta' y 'La Regenta' desde una perspectiva de género". *Adaptaciones Literarias en el Cine y la Televisión Españoles*, Vol. 68, Editorial Iberoamericana Vervuert, 2023 https://doi.org/10.31819/9783968693583-005

Jeffers, Nydia. "El maltrato infantil en la novela 'Miau' de Benito Pérez Galdós". *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica,* 47 (2021): 15-44.

Karanović, Vladimir. "El crimen y el castigo: Ana Ozores y Berta de Rondaliego como paradigmas del imaginario femenino de Leopoldo Alas Clarín". *Colindancias* 6 (2015)*:* 279-99

Labra, Ricardo. "El caso Alas Clarín: La memoria y el canon literario".Oviedo: Luna de abajo, 2021.

Livianos Domínguez, Alfonso. *Una teoría del personaje: Carácter y destino en las heroínas de Pérez Galdós y en La Regenta de Clarín.* Salamanca: Universidad de Salamanca, 2016.

Marco, José María. "La víctima absoluta, la Regenta, por Manchado y Valcárcel". *Ópera actual,* 273, 1 enero 2024: Opinión, 66-7.

Nastasescu, Diana. "Nueva lectura crítica feminista de las novelas de adulterio de la segunda mitad del siglo XIX. Inmanencia y trascendencia del sujeto femenino". Universitat Jaime I, 2023.

Pérez Galdós, Benito. "Prólogo" a *La Regenta* de Leopoldo Alas. Madrid: Imprenta de los Hijos de M.G. Hernández, 1889.
Smith, Jennifer. *Women, Mysticism, and Hysteria in Fin-De-Siècle Spain.*Vanderbilt: Vanderbilt UP, 2021.
Ten Doménech, Mercedes. *Mujeres en la España del siglo XIX. Una mirada jurídica a través de la literatura: La Regenta.* Valencia: Universidad de Valencia, 2023.
Vidal Tibbits, Mercedes. "La dinámica de la soledad de Ana Ozores en *La Regenta.* Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016.
Vilanova, Antonio. Nueva lectura de *La Regenta* de Clarín. Barcelona: Editorial Anagrama, 2001.